



# Conferencia sobre Misión Mundial y Evangelización

*Avanzar en el Espíritu: llamados a un discipulado transformado y transformador*

8 al 13 de marzo de 2018 – Arusha, Tanzania

Documento No. **PLEN 01.0**

NO DIFUNDIR ANTES DE SU PRESENTACIÓN EN LA SESIÓN PLENARIA

## Discurso inaugural

**Rvdo. Olav Fykse Tveit**

Señor presidente, Sus Eminencias, Sus Excelencias:

obispo primado de la Iglesia Evangélica Luterana en Tanzania, obispo Fredrick Shoo, dirigentes eclesiásticos del Consejo Cristiano de Tanzania,

señora moderadora del comité central del CMI, Dra. Agnes Abuom, señor moderador de la Comisión de Misión Mundial y Evangelización, metropolitano Geevarghese Coorilos,

queridos asistentes, queridas hermanas y hermanos, reunidos como peregrinos en la misión de Dios aquí en Arusha (Tanzania).

Es un honor especial dirigirme a ustedes en la inauguración de la Conferencia sobre Misión Mundial y Evangelización. Un acontecimiento como este es un hito en la historia moderna de la iglesia. Están todos aquí reunidos, por invitación del Consejo Mundial de Iglesias, para discernir juntos la dirección de la misión de la iglesia en nuestros tiempos.

También es un honor tenerlos aquí, en representación de iglesias, asociados ecuménicos y agencias misioneras. Algunos de ustedes están implicados en la educación de las próximas generaciones de siervos y dirigentes eclesiásticos en el programa del Instituto Teológico Ecuménico Mundial (GETI). Algunos de ustedes han venido para analizar y transmitir lo que está sucediendo en el contexto de su labor misionera. Somos muchos los que estamos aquí, con diferentes tareas como líderes de iglesias, como estudiantes, pastores, misioneros, diáconos y teólogos. Asimismo, es un honor estar aquí en Arusha, como visitante de este hermoso país y como huésped de la Iglesia Evangélica Luterana en Tanzania.

Tenemos además el privilegio de convocar esta conferencia en el año del 70° aniversario del Consejo Mundial de Iglesias. El cuidado de la misión de la iglesia siempre ha sido el motor del movimiento ecuménico, avanzando hacia nuestro testimonio y servicio comunes, y por lo tanto, también hacia nuevas perspectivas y nuevos compromisos. En el CMI, que desde la III Asamblea en Nueva Delhi en 1961 también incluye al Consejo Misionero Internacional, el llamado a ser uno siempre ha tenido el llamado a la misión como fuente de inspiración. Ustedes están participando en este aniversario demostrando que las iglesias y sus asociados siguen comprometiéndose a permanecer juntos en la misión de Dios y en el discernimiento de lo que eso significa, en 2018 y en los años venideros. Tenemos mucho que aprender de las importantes –y en ocasiones duras– discusiones del pasado que pueden enriquecer nuestro trabajo actual en el CMI y en su Comisión de Misión Mundial y Evangelización. El llamado a reunirnos aquí está respaldado por costosos activos de nuestro legado común.

Reuniéndonos aquí en Arusha aportamos una mayor conciencia de nuestra situación y contexto. Somos plenamente conscientes de los ricos frutos que ha dado la labor del movimiento misionero. Conozco personalmente algunas de esas misiones y su gran contribución a esta iglesia y a este país. También somos conscientes de lo importante que ha sido cambiar el paradigma (tal y como llaman los misiólogos a las ideas y patrones de la misión) hacia una relación compartida y mutuamente responsable en la misión. Asimismo, somos conscientes de la importancia que tiene la vida de la iglesia en esta parte del mundo para

todo el *oikoumene*, para toda la comunidad de iglesias del CMI y para las que no forman parte del Consejo, como expresión de la vitalidad de la iglesia y de su testimonio de Jesucristo en nuestra era. Somos muy conscientes además de la importancia de reconocer que aquí, en este contexto africano, nuestro testimonio y nuestro servicio siempre se dan en un entorno multirreligioso y multicultural. Es más, somos conscientes de que la misión de la iglesia debe esforzarse en lograr una distribución justa y equitativa de los recursos del mundo y participar en la *diaconía* para luchar contra las injusticias y atender las necesidades de las personas de nuestro mundo actual, independientemente de la fe que profesen y del contexto en que vivan. Por último, también estamos tomando plena consciencia aquí de que la misión de la iglesia debe contribuir a la paz justa que las personas necesitan en todo el mundo, y especialmente quienes viven en zonas de conflicto o han tenido que abandonar sus hogares y ahora son refugiados.

En nuestras reflexiones de estos días sobre la dirección en que nos hace avanzar el Espíritu como discípulos de Jesucristo hoy y mañana, nos vemos en un mundo que necesita desesperadamente pautas de paz y justicia para convivir como una sola humanidad en la vulnerable Creación de Dios, que es solo una. Nuestro ministerio común en misión y *diaconía* ecuménicas es más necesario que nunca.

Yo, como ustedes, estoy encantado de que estemos ahora aquí para empezar a trabajar en esta conferencia. Podemos agradecer a la Comisión de Misión Mundial y Evangelización por sus grandes esfuerzos para preparar este evento, en colaboración con nuestros colegas del CMI y con los anfitriones aquí, en Arusha. Pero es algo más que un honor y una alegría estar aquí dirigiéndome a ustedes. Este es también un momento extraordinario, estamos aquí, no solo los unos ante los otros, sino también ante el Dios Trino; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y le pedimos que nos guíe en el llamado que nos hace. Hay tanto en juego, es importante que desde el principio oremos para que el Espíritu Santo guíe nuestras reflexiones y conclusiones.

Reflexionar sobre la misión de la iglesia no consiste solo en estudiar métodos de trabajo interesantes y relevantes, ni en analizar las nuevas tendencias en el mundo que son importantes para la estrategia del trabajo misionero. La misión de la iglesia tiene que ver con la vida y la muerte. La misión de la iglesia tiene que ver con la salvación, la liberación y la esperanza, compartiendo lo más costoso y valioso de este mundo: el amor de Dios. Es el ministerio de la reconciliación, a través del cual estamos llamados a compartir el don de la reconciliación de Dios de los quebrantados y los pecadores, el don que todos necesitamos. Tiene que ver con la forma en que el Evangelio puede cambiar la vida de cada ser humano, con el hecho de que el ministerio de reconciliación con Dios, con los demás y con toda la Creación, puede suceder hoy y mañana, una y otra vez. El futuro de la misión de la iglesia está en juego, por eso estamos aquí para reflexionar sobre sus fundamentos y propósitos más básicos: ser iglesia para los demás.

Sabemos que los cambios y las transformaciones se dan constantemente en este mundo. Pero, ¿en qué dirección se dan esas transformaciones? Ustedes están aquí para discernir qué tipo de transformación nos pide Dios que promovamos. ¿De qué manera nos hace avanzar hoy el Espíritu Santo hacia el futuro que Dios quiere para el mundo? No estamos hablando entre nosotros como especialistas en ecumenismo, misión y evangelización. Estamos hablándonos como representantes de las iglesias y de las personas de las iglesias que, a su vez, representan las múltiples dimensiones de la humanidad, que es una sola. Estamos hablándonos como discípulos, llamados por Cristo para avanzar en el Espíritu, no para discutir sobre nuestros propios asuntos, y mucho menos sobre nuestros intereses personales, sino sobre el futuro de la misión de Dios en este mundo, en la vida de esta humanidad y en la Creación.

Todo eso me maravilla y me llena de profunda humildad al inaugurar esta conferencia. ¿Quién soy yo en este movimiento, y quiénes somos nosotros para estar aquí?

Hoy sopla un viento histórico que arrastra el legado de las conferencias misioneras mundiales, de la reciente declaración sobre misión *Juntos por la Vida*, del aniversario del CMI, y del renovado impulso para compartir ampliamente en la misma misión de Dios. Este es el viento del Espíritu, que recorre el movimiento ecuménico y nos hace avanzar con los señales de la primavera –la vida que vuelve a surgir, pero bajo nuevas formas– superando las dificultades y también resistiendo vientos adversos y fríos.

No solo hoy nos centramos en el tema del Espíritu que nos hace avanzar. No hay iglesia, ni misión de la iglesia, ni movimiento ecuménico o misionero que prescindan del impulso del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo actúa en toda la Creación y en la iglesia. Los diálogos y el intercambio ecuménicos nos han ayudado a todos a reconocer esta dimensión múltiple de la obra del Espíritu de Dios, y ese es un sello distintivo de la nueva declaración de misión. Es el mismo Espíritu el que insufla vida en la Creación y en la iglesia. Desde esta perspectiva más amplia podemos reconocer plena y verdaderamente la obra del Espíritu en la iglesia y en nuestra misión.

La misión que nos ocupa no tiene el propósito de protegernos, ni de proteger lo que tenemos, ni el lugar donde estamos ni lo que este solía ser. La misión tampoco tiene el propósito de ignorar la presencia de la iglesia local y corriente, con sus dones y su credibilidad en la misión y la *diakonía*. No deberíamos pensar que ser parte de la misión de Dios consiste, por definición, en centrarnos en todo lo demás y en cualquier otro lugar que no sea allí donde Dios nos puso en este mundo. Siempre hay un movimiento en la misión. A veces, ese movimiento significa recorrer muchos kilómetros, cruzar fronteras y océanos. Pero otras veces ese movimiento implica mover nuestros corazones y el de los demás y emprender acciones allí donde estamos, para los que nos necesitan aquí y ahora.

También desde esta misma perspectiva que estamos analizando aquí, nuestra participación en la misión puede formar parte del hacer juntos una peregrinación de justicia y paz. Esta es la perspectiva general del trabajo del Consejo Mundial de Iglesias en este período, después de la X Asamblea en Busan. Están todos invitados a unirse a esta peregrinación, que marca la dirección en todos nuestros programas. Algunos de ellos se centran en la forma en que el intercambio y el acompañamiento mutuos se pueden expresar a través de nuestras visitas a las muchas heridas y lugares en llamas donde el ministerio de la reconciliación y la sed de justicia son especialmente intensos.

Uno de los mayores riesgos que afrontamos al hablar de transformación es que la entendamos de forma superficial. No debemos caer en la trampa de mirar solo cuánto han mejorado nuestros resultados, cuánto más efectiva ha sido la evangelización, o si hay una mayor participación en nuestras reuniones, más donaciones o más presupuesto, etc. Eso no es una transformación en su sentido más profundo. Estamos llamados a una transformación dada por Dios en la que Dios es nuestro guía. Eso implica una transformación por el bien común y para todos aquellos que son importantes para Dios. Eso implica centrarse en la totalidad del ser humano creado a la imagen de Dios. Eso implica una transformación a mejor para todos nosotros en nuestra diversidad y con nuestras diferencias. Eso significa una transformación en todas partes, sin dejar a nadie atrás (tal y como dice el lema de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas, que compartimos también como una visión de la transformación dada por Dios). Somos responsables de toda la Creación. El mundo en el que estamos llamados a ser discípulos es este mundo –tal y como es, como hogar local y como hogar mundial– el único que tenemos.

La misión de Dios es algo que impulsa el Espíritu. Eso no quiere decir que no estemos implicados o que no debemos impulsarla nosotros mismos. Al contrario. No quiere decir que ese impulso se dé en grandes olas o tendencias que son objeto de análisis en la CNN o por parte de misiólogos e historiadores de la iglesia con una excelente formación. El Espíritu nos hace avanzar transformando nuestros corazones. Provoca cambios en nuestras relaciones. Es una transformación que conduce a la justicia y a la paz. Es la transformación de los signos visibles del reino de Dios.

El enfoque de hacer juntos una peregrinación de justicia y paz –trabajando, orando y caminando juntos– consiste en avanzar en la fe, en la expectativa, en la apertura, en la humildad, siendo capaces de ver dónde la justicia y la paz, que son los valores del reino de Dios, se encuentran oprimidos y necesitan encontrar nuevas formas de expresarse. Esa es una tendencia, una dinámica actual en el movimiento ecuménico, que es uno solo, y en el Consejo Mundial de Iglesias. Y esta conferencia es una expresión significativa de exactamente eso.

Otra gran señal de la influencia del Espíritu es que abre nuestros corazones, y nuestros ojos y oídos, para que los demás importen más que nosotros mismos. La expresión “*transforming discipleship*” tiene un doble significado, traducido en español como “discipulado transformado y transformador”. El verdadero discipulado lleva a la transformación del mundo y de la iglesia. Y es la transformación de los propios discípulos.

El orden de estos factores no es arbitrario. La misión de Dios siguiendo a Jesucristo y su ejemplo siempre está dirigida a los demás, hacia quienes están a nuestro alrededor. El llamado nos pide que nos volquemos en ellos, no en nosotros. Si ante todo y sobre todo estamos ocupados con nosotros mismos, y lo que debemos cambiar en nuestras vidas —y podríamos añadir, en nuestras propias comunidades e iglesias— sin duda tenemos mucho que hacer. Pero centrarnos principalmente en nosotros mismos puede ser precisamente el obstáculo que impida la verdadera transformación a la que debemos contribuir. La liberación de la vida de los demás y el apoyo creativo a los demás también es lo que nos libera.

Tenemos que ser nosotros mismos, tal y como Dios nos creó, y así debemos afirmarnos mutuamente. Así es como participamos en la transformación de Dios. No al revés. Algo falla en nuestra fe y en nuestro amor a Dios si estamos tan preocupados por nosotros mismos. El movimiento misionero moderno se ha centrado mucho en la vocación personal, el compromiso y el sacrificio. La vocación suprema, el mayor sacrificio: cuanto más sacrificas, más fuerte es tu compromiso. Sé que hay conexiones lógicas y personales, incluso espirituales en este sentido. La historia de la misión nos da infinitos ejemplos de ello. Uno no hace algo que requiere sacrificios si no considera que es importante y significativo, y en ese sentido, importante para el reino de Dios. Por otro lado, ha habido muchos casos de niños que han tenido que pagar el sacrificio resultante de las decisiones de sus padres, casos de colegas y, sobre todo de sus esposas, que han tenido que pagar cara la muy personal vocación que muchos creen tener.

Cuando nos centramos en el llamado, en la transformación que Dios busca en este mundo, no nos convertimos en autómatas o en fanáticos, sino que nos estamos convirtiendo en las personas que Dios ha creado para cumplir la misión de Dios en el mundo.

Los discípulos no están llamados a estar solos. Ante todo, todos los discípulos cristianos están llamados a seguir a Jesucristo. Eso consiste en aprender de Jesús, en imitarlo, pues Él es el ejemplo de discipulado, que requiere una relación de atención mutua y de intercambio. Eso se expresa en el muy significativo texto de Juan 17, el que más conecta el llamado a la misión y a la unidad:

Yo les he dado la gloria que tú me has dado para que sean uno, así como también nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente unidos; para que el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado como también a mí me has amado. (Juan 17:22-23)

La iglesia que sigue a Jesucristo siempre está unida, porque solo somos iglesia a través de esa unidad en el Dios Trino. Estamos llamados juntos y respondemos juntos.

¿Cómo podemos saber en qué dirección avanza el Espíritu? La experiencia ecuménica nos ha enseñado que podemos saberlo escuchando la Palabra de Dios juntos y aprendiendo los unos de los otros. No es posible afirmar que solo yo o solo nosotros sabemos en qué dirección sopla el viento. Nadie sabe a dónde va el viento, dice Jesús (Juan 3). Todos debemos reverenciar el misterio en nuestra fe y en nuestro movimiento.

Es esta solidaridad en el Espíritu y en el imperativo de aprender de aquellos que viven en los márgenes, lo que configura de forma drástica la visión de la misión y de la evangelización en *Juntos por la Vida*, y eso caracteriza el compromiso ecuménico actual.

Solo podemos discernir esto juntos al compartir lo que el Espíritu hace y ha hecho en nuestras iglesias y comunidades, y en nuestros encuentros con los demás. La práctica del diálogo y el reconocimiento de la responsabilidad mutua se han desarrollado como herramientas ecuménicas que han aportado numerosos y valiosos regalos a la comunidad del CMI. Esa es una de las piezas más valiosas de nuestro legado que ha

cambiado a las iglesias, la forma en que llevamos a cabo la misión, la forma en que entendemos el discipulado y la forma en que percibimos lo que es una verdadera transformación. Tenemos que demostrar gran sensibilidad y ser más consecuentes con nuestros valores evangélicos al dar nuestro testimonio cristiano y hacer nuestras aportaciones en un mundo multirreligioso.

No obstante, no debemos dar por hecho, ni asumir directamente que compartimos las visiones de lo que son hoy el discipulado y la misión. Hoy lo hacemos en un amplio círculo, y damos gracias a Dios por esta realidad inspiradora y alentadora. Tenemos efectivamente la convicción común de que no debemos centrarnos en nosotros mismos, sino en el camino que debemos recorrer juntos, en el trabajo que debemos acometer juntos y en la forma en que debemos orar juntos. Hay una creciente conciencia común de que debemos tratar de no centrarnos en nosotros mismos o en nuestras instituciones, sino en el llamado que compartimos, en las necesidades de los demás, en las tareas que estamos llamados a llevar a cabo cada día en un mundo que, como siempre, necesita urgentemente del Evangelio.

Esta conferencia es una señal de la dirección en que nos ha hecho avanzar el Espíritu. Otra señal relevante es la próxima visita en junio del papa Francisco al CMI. Es una señal de la forma en que hoy estamos juntos en la misión. “Caminar juntos, rezar juntos y trabajar juntos” es el lema de esta misión apostólica del Santo Padre. Las visitas recientes de muchos dirigentes de iglesias al CMI se han centrado en el mismo aspecto. Estamos juntos en la misión y el servicio, pues hacemos juntos todo lo que podemos hacer juntos.

El CMI siempre ha llamado y siempre debe llamar a las iglesias a la unidad visible, instándolas a retornar al fundamento de la unidad. Esta comprensión común de la misión significa compartir el Evangelio, nuestra fe y también la búsqueda de la transformación hacia la justicia y la paz en cualquier lugar del mundo donde falten.

Permítanme terminar compartiendo una visión de la manera en que esta conferencia expresa y puede expresar lo que hemos hecho juntos y lo que *somos* juntos como iglesias en la misión de Dios. Creo que en nuestros días, Dios nos está recordando especialmente cuál es la fuerza que impulsa la misión de la iglesia. Es el amor de Dios, manifestado en el amor de Jesucristo a través de su vida, su crucifixión y su resurrección, que trajo la salvación y la reconciliación al mundo. Deberíamos llevar marcadas las palabras del apóstol San Pablo: “El amor de Cristo nos impulsa” (2 Corintios 5:14)

El movimiento de la misión y el movimiento ecuménico están impulsados por una fuerza, y solo una: el amor de Cristo. El amor de Cristo, para hacerse humano, para encarnarse y ser uno de nosotros, para compartir las visiones y los signos de la venida del reino de Dios, para decir la verdad a todos, especialmente a los poderes de la religión y del gobierno, al invasor, a todos. Su amor se expresa asumiendo todas las cargas, para que los pueblos puedan vivir. Para que todos nosotros tengamos esperanza.

El sentido último del movimiento misionero es que este sea una visión de amor. Si se lleva a cabo por el bien de la gloria y del poder de sus instituciones, o por el dominio de las iglesias del mundo, fracasará en dar respuesta a su llamado.

Solamente el amor puede traer la transformación que responde a la voluntad de Dios y que tan desesperadamente necesita el mundo. El amor que nos impulsa es el Espíritu, que nos toca y nos equipa para que seamos los agentes de transformación que necesitamos hoy, junto con todos los pueblos que Dios ha creado para que convivan en este mundo. Este mundo –en su dolor, en sus posibilidades, en su promesa redentora– es nuestro hogar. Es aquí donde damos testimonio y promovemos las señales del advenimiento del reino de Dios.